

LAS ELECCIONES DE 2008 EN ESTADOS UNIDOS

NORMAN BIRNBAUM

1.

Las elecciones presidenciales tendrán lugar el 4 de noviembre, junto con los comicios para elegir la totalidad de la Cámara de Representantes y un tercio del Senado, así como algunos gobernadores y asambleas estatales. A juzgar por el interés y por las votaciones, sobre todo entre los demócratas, en las elecciones primarias y de *caucus* de los partidos, que comenzaron en Iowa en enero de 2008, este año la participación podría acercarse a la reciente alta tasa del 61% (en las elecciones presidenciales Bush-Kerry de 2004).

El senador McCain ha alcanzado definitivamente la mayoría de los delegados republicanos y será confirmado por la Convención Nacional Republicana de Minneapolis, Minnesota, a principios de septiembre. Consiguió su mayoría en marzo y resulta sorprendente que en las elecciones primarias posteriores los republicanos hayan seguido votando por dos rivales de McCain que no han retirado formalmente sus candidaturas: el ex gobernador de Arkansas Mike Huckabee y el congresista Ron Paul, de Texas. Huckabee es un pastor protestante que hace hincapié en sus convicciones religiosas, y el excéntrico Paul es un liberal antiestado. Puesto que McCain nunca se ha presentado como un ejemplo de virtud cristiana ni como una voz de los valores religiosos, y dado que es un decidido defensor del Estado imperial fuerte (Paul es contrario a la guerra de Irak y a las aventuras militares en general), el apoyo dado a esos dos candidatos alternativos (en torno al 25 por ciento) indica que McCain puede tener

dificultades para atraerse todo el potencial de voto republicano.

Los problemas de McCain a ese respecto parecen minucias si los comparamos con las divisiones de hecho que presenta el electorado demócrata. La senadora Clinton pronunció recientemente un discurso pidiendo que los votantes blancos (“que trabajan duro”) la apoyen únicamente a ella, lo que inmediatamente le ha granjeado críticas por insinuar que los votantes negros que apoyan al senador Obama podrían ser percibidos, según un estereotipo racista muy común, como unos vagos. De hecho, el diario *The New York Times*, que ha respaldado a Clinton, la ha instado a abandonar la agresividad personalizada que ha mostrado hacia su oponente y hacia quienes le apoyan, so pena de destruir su propio prestigio. Existe, por supuesto, otro segmento de la población activa estadounidense que trabaja duro, constituido por aquellos que tienen formación universitaria en el sector de la gestión y de los servicios profesionales, que son predominantemente votantes de Obama –pero los datos objetivos raramente son importantes en nuestras elecciones. La situación del electorado demócrata sigue estando tan polarizada como en enero.

Los votantes jóvenes, los votantes con formación universitaria y los afroamericanos apoyan a Obama. Obama también ha conseguido atraerse un número considerable de ciudadanos que no se consideran vinculados a ningún partido, y a votantes republicanos desafectos. Los votantes blancos de más edad, las mujeres y la clase trabajadora

(sobre todo sus componentes católicos, procedentes de los grupos de inmigración irlandeses y de Europa oriental y meridional) votan por Clinton. A éstos últimos suele aplicárseles el término “demócratas de Reagan”: votantes cuya posición de clase les induciría a votar por los demócratas, cosa que hicieron desde la presidencia de Franklin Roosevelt hasta la de Lyndon Johnson (con la excepción de la presidencia de Eisenhower). Desde la presidencia de Nixon, como muy tarde, esos votantes han apoyado a los republicanos por ser el partido de la autoafirmación nacional (anticomunista y ahora antiislamista) y porque se oponen a la adopción por los demócratas de programas de ayuda a los afroamericanos y a las mujeres. Los demócratas se han visto gravemente lastrados por el declive en la afiliación sindical: los sindicatos eran eficaces agentes de movilización de masas a favor de sus candidatos en los principales Estados industriales.

Por motivos socioeconómicos y psicoculturales, la mayoría de hombres blancos últimamente han votado a los republicanos. Son unas afirmaciones sobre tendencia de voto basadas en encuestas, así como en estudios académicos e investigaciones periodísticas sobre el terreno. Hay algunas interesantes tendencias de signo contrario. En el Estado de Wisconsin, con una población más anglosajona y alemana que europea oriental o meridional, a Obama le fue mejor –y (al igual que Jesse Jackson en 1988) en general el candidato con algún ascendente negro es más popular entre los votantes blancos en aquellos Estados que

no tienen una gran población afroamericana. Por último, a Clinton le ha ido muy bien entre los latinos (lo que fue indispensable para sus victorias en California y en Texas) y tiene la mayoría del voto judío, aunque una minoría muy significativa de los votantes judíos apoya a Obama.

Los republicanos asignan los delegados a la Convención Nacional con un sistema donde “el ganador se lleva todo”, pues todos los votos electorales de un Estado van al candidato con mayoría absoluta o simple. Los demócratas tienen un sistema que presenta dos diferencias sorprendentes respecto al republicano, y ellas son las responsables de los actuales sinsabores. La primera diferencia es que los delegados (es decir, los que votarán en la Convención en el proceso de la nominación a candidato presidencial) se determinan de forma proporcional. La segunda diferencia es que de los 4.048 delegados con derecho a voto, 795 –los denominados superdelegados– no son elegidos: son los demócratas que detentan cargos públicos en el Congreso y en el Senado, los gobernadores, los líderes del partido y los notables. Para complicar aún más las cosas, en algunos Estados (Iowa, por ejemplo), los delegados no se eligen mediante unas primarias formales, con voto anónimo, sino en asambleas abiertas del partido, en *caucuses*. Eso hace que estimar las cifras reales de los demócratas que han participado en los *caucuses* y en las primarias hasta ahora haya resultado difícil –pero la cuestión es importante para los superdelegados que quieren averiguar qué candidato tiene más tirón. Y para mayor

complicación, la cuestión de la representación de Florida y de Michigan en la Convención está sin resolver. El Comité Nacional Demócrata ha vetado hasta la fecha la participación de esos estados, debido a que ignoraron las directrices del partido en lo referente a la secuencia de las elecciones primarias. Obama no estaba en la papeleta en Michigan, Estado donde ganó Clinton, y a ella le fue bien en Florida, aunque no hizo campaña allí. Si se diera el caso de que el equipo de Clinton intentara utilizar esos votos para añadirlos a su cuenta, la Convención podría fracasar y acabar en una ruptura total. Es posible que, si resultara indispensable un compromiso, la Convención designara candidato presidencial a Al Gore – pero éste no podría nombrar candidato a vicepresidente tanto a Clinton como a Obama, y las divisiones subsistirían.

Las estimaciones actuales dicen que Obama ha conseguido el 49,7 por ciento del voto, frente al 47,3 por ciento de Clinton. Obama tiene 1.653 delegados electos decididos a votar por él, y Clinton tiene 1.499. Obama lleva ventaja en superdelegados, en una situación que cambia rápidamente, donde, tras sus buenos resultados en Carolina del Norte y tras quedar segundo después de Clinton en Indiana por un estrecho margen, algunos superdelegados que al principio estaban a favor de Clinton (como el antiguo candidato presidencial George McGovern) están de hecho cambiando de bando. El recuento actual es de 306 a favor de Obama frente a 279 a favor de Clinton, que está intentando persuadir a los que ya le han

dado su apoyo para que sigan prestándose y está pidiendo a los 207 restantes que permanezcan neutrales por ahora. Se está produciendo una indudable erosión constante del apoyo a Clinton en este grupo, lo que probablemente va a poner fin a sus esperanzas de un golpe de fortuna política. Procurando no acentuar las divisiones en el seno del partido, Obama ha declarado que tiene la victoria al alcance de la mano. A menos que casi todos los superdelegados que aún no se han pronunciado (207) se pasen al bando de Clinton, es imposible que ella sea la nominada.

Hay otras tres primarias en el horizonte, en Montana, Puerto Rico y Dakota del Sur. Ninguno de los dos candidatos va a acumular suficientes delegados electos necesarios para alcanzar la mayoría de 2.025 exigida en la Convención sin contar los votos de los superdelegados. Pese a que ella va por detrás, y aunque al final no podrá igualar el total de delegados electos de Obama, ni alcanzarle en voto popular, Clinton permanece en carrera con el argumento de que ella es la candidata más fuerte para las elecciones presidenciales en sí. Su argumento es que ella es la favorita de la clase trabajadora blanca, y que si empleáramos el sistema de colegios electorales y un cálculo basado en el principio de “el ganador se lleva todo”, sus victorias en las primarias de los Estados grandes (California, Nueva Jersey, Nueva York, Massachusetts, Ohio, Pennsylvania, Texas) ya le habrían asegurado la nominación. Además, Clinton razona, ningún candidato demócrata puede aspirar a la presidencia sin una victoria en dichos

estados en las elecciones de noviembre –y ella insiste en que allí sus posibilidades de victoria son mayores que las de Obama. El argumento de Obama es que según las reglas actuales él va por delante y no puede quedar eliminado excepto en un flagrante desafío de los superdelegados a la preferencia expresada por los votantes. Además, Obama argumenta que sus victorias en Estados como Virginia demuestran que su candidatura no va a depender de un retorno al mapa electoral demócrata de los años pasados (la costa oriental, la costa occidental y el medio oeste industrial) sino que él es competitivo a nivel nacional.

La cuestión no es ni mucho menos tranquilizadora. Al principio los afroamericanos eran muy escépticos respecto a la candidatura de Obama. No creían que los estadounidenses blancos fueran a votar por un negro, o por alguien con un padre negro y una madre blanca protestante. No le consideraban uno de los suyos, en vista de sus orígenes africanos inmediatos: su familia había conocido el colonialismo pero no la esclavitud. Después de que los blancos le votaran en Iowa, y tras quedar muy bien situado en New Hampshire, eso cambió. Ahora los afroamericanos, que en tiempos simpatizaban mucho con el matrimonio Clinton, están votando por Obama con mayorías de hasta el 90 por ciento. Si Obama quedara eliminado, no está claro que los afroamericanos apoyaran a Clinton –y eso haría imposible su victoria. Muchos votantes blancos que apoyaron a Clinton en las primarias, por añadidura, declaraban abiertamente que no

votarían por Obama. Algunos lo ven como un candidato exclusivamente de la población negra; otros (puede que entre un quince y un veinte por ciento del electorado) creen que es musulmán –una afirmación falsa laboriosamente propagada en el inframundo a cielo abierto de Internet. Muchas mujeres creen que su lealtad se debe ante todo a la primera mujer candidata con posibilidades de llegar a la Presidencia. En términos muy sucintos, los demócratas corren el riesgo de dejar de lado al electorado negro si rechazan la elección de Obama; y el riesgo de dar la espalda a las mujeres y a sectores de la clase trabajadora blanca si le designan a él.

Hay otros problemas. Parte del entusiasmo a favor de Obama de los votantes con educación superior y de los jóvenes es consecuencia del rechazo a la guerra de Irak, que Clinton apoyó. Ahora ella pretende estar a favor de una retirada, pero su comentario sobre “borrar del mapa” a Irán en el caso de que ataque a Israel con unas armas atómicas que no posee minaron aún más la credibilidad de Clinton entre quienes han abjurado del concepto de un país permanentemente en guerra. Durante algún tiempo, Clinton y sus seguidores han alardeado de la “dureza” de la senadora, y el gobernador de Carolina del Norte incluso encontró un símil muy elegante: Clinton le recordaba a *Rocky* en la película de boxeo protagonizada por Stallone. Obviamente, la intención es dar confianza a los que se muestran reticentes ante la idea de una mujer como comandante en jefe, pero también es dar una imagen

de Obama como una figura demasiado indecisa y fundamentalmente vacilante, incluso débil. A la objeción por algunos de mis lectores de fuera de nuestras fronteras de que sigue existiendo una distinción entre análisis político y la ronda médica de los pacientes de una clínica psiquiátrica, yo les respondo: no la hay en este país. Una candidatura de Clinton, dada su entusiasta adhesión a la “guerra contra el terror” en toda su crudeza (que también obedece a su deferencia con el *lobby* de Israel y con quienes lo financian), podría inducir a muchísimos ciudadanos respetables a quedarse en casa. El argumento de que Clinton, comparada con McCain, sería un mal menor puede que no funcione. La disposición a entrar en guerra con gran parte del mundo posee cierto significado igualitario: tiene una inclinación agresiva hacia naciones de todos los credos, de todos los colores y de todos los continentes. Hay un argumento a favor de que un imperialista comprometido intente reconquistar el globo: las derrotas subsiguientes podrían finalmente conseguir que la opinión pública estadounidense inste a nuestra copiosa elite imperial a buscarse otro empleo.

La revista *Time* ha declarado ganador a Obama, y *The Economist* (que opina que Obama es con mucho el mejor candidato) dice que “casi lo tiene”. Los Clinton, ante la posibilidad de perder su dominio del Partido Demócrata, han luchado con todas sus fuerzas. Los más veteranos del partido y sus militantes de base (junto con el cese de la financiación a la campaña de Clinton por parte de sus amigos pudientes) pueden sin embargo obligarles a reconsiderar la situación a finales de junio. Hace algún tiempo, cuando Obama empezó a ponerse por delante, la senadora Clinton grotescamente le ofreció la nominación vicepresidencial. Ahora, algunos de sus aliados están dejando caer que ella sería una candidata vicepresidencial ideal. Es una hipótesis

harto dudosa, pero podría ocurrir. Escribo lo siguiente sobre la elección presidencial en la suposición de que Obama será efectivamente nominado, con la debida atención a las consecuencias de una campaña muy divisoria. Puede que dichas consecuencias no hayan sido del todo negativas, dado que el interés suscitado por la contienda demócrata constituye una revitalización de nuestra vida pública.

2.

Normal Mailer, nuestro desaparecido profeta nacional, dijo una vez que el carácter del Presidente determina la cultura de la nación en su conjunto. Es cierto, pero la elección de un presidente determinado también refleja los estratos más profundos de la psique nacional. La extraordinaria personalización de nuestras campañas presidenciales, la importancia que se da al carácter de los candidatos y a sus biografías, a sus familias, a menudo supone una evasión de la argumentación política seria.

Cuando el actual ocupante de la Presidencia, una persona intelectual y moralmente débil, compitió contra dos rivales de mucho más peso, contra Gore y después contra Kerry, los comentaristas más prominentes elogiaron a Bush por ser una persona con la que uno podía tomarse una cerveza. Bush había estudiado en Yale, aunque consiguió salir absuelto de la sospecha de haber dedicado demasiado tiempo a la lectura, pero Gore y Kerry eran preocupantemente capaces de pensar en ideas que tuvieran más de una sílaba. El hecho de que cierto número de comentaristas de este país sean ignorantes, vagos y estúpidos explica su predilección por Bush —pero en la medida que los votantes compartían esa predilección, su opción en las urnas arroja una luz poco halagüeña sobre el nivel cultural estadounidense. Eso no significa que la democracia estadounidense sea totalmente plebeya, y algunos presidentes, como Franklin Roosevelt, John Ken-

nedy y Jimmy Carter fueron hombres con envidia. Sin embargo, una síntesis en dosis más o menos elevadas de vulgaridad pública y de cinismo elitista supone una amenaza constante a la posibilidad de progreso espiritual en nuestras políticas. Eso constituye una clara contravención de la inteligencia exigida por (y ejemplificada en) los doctos fundadores de nuestra República. Y también es una negación del progresismo que es el elemento esencial (y más fascinante) de la teología común de la nación, el concepto de un futuro abierto.

La naturaleza de ese futuro es ya el tema del debate entre McCain y Obama. El motivo central del conservadurismo estadounidense es la afirmación de que Estados Unidos ha alcanzado su promesa revolucionaria, que el futuro es hoy. El progresismo estadounidense, incluso desde su atenuada versión liberal, pero sobre todo desde el apasionado radicalismo que hemos experimentado ocasionalmente (con el movimiento abolicionista, con la búsqueda de justicia social durante el *New Deal*, con las protestas antiimperialistas), insiste en que el futuro aún está por construir. Muchos estadounidenses sienten desasosiego ante a las críticas contra la nación, contra sus instituciones o contra sus políticas, ya que a ellos les enseñaron que nosotros los estadounidenses somos encarnación de la virtud: señalar defectos constituye una gran herejía, un ataque a la iglesia nacional. McCain ha manifestado su perplejidad por el hecho de que haya ciudadanos capaces de criticar las políticas exteriores y las acciones militares mientras sus tropas se hallan en combate: sobran motivos para creer que esa perplejidad es auténtica.

McCain es hijo y nieto de admirantes, y sus hijos también están en la Armada. Su padre era comandante de la flota del Pacífico cuando, en 1967, el avión de McCain, piloto de la Armada, fue derribado en Vietnam del Norte; el actual Senador su-

frió cinco años y medio de cautiverio con tortura incluida. Gran parte de su prestigio reside no sólo en aquella ordalía, sino en su negativa a ser liberado antes que sus compañeros. Dejó la Armada, fue congresista de la Cámara durante dos legislaturas, y desde entonces ha sido senador por Arizona. Casi un tercio de la población de Arizona es hispana, y McCain se ha mostrado bastante comprensivo con los hispanos en cuestiones de inmigración, rechazando posturas simplistas y retóricas xenófobas. También ha colaborado con un colega demócrata muy progresista, el senador por Wisconsin Russ Feingold, en pro de una legislación que limite y regule los gastos en las campañas electorales. Se ha labrado una reputación, justificada sólo en parte, de obstinado a la hora de aceptar la disciplina de partido. McCain casi logró superar a Bush en la nominación presidencial de los republicanos en 2000, y fue víctima de un acto de difamación racista (le acusaron de ser padre de un hijo negro ilegítimo) en las decisivas primarias de Carolina del Sur, donde perdió. La incapacidad de McCain para controlar su carácter es parte de su biografía, pero puede que ello contribuya a su reputación de autenticidad, que es una cuestión fundamental. McCain se presenta a sí mismo como un representante de la continuidad de la nación, como un patriota cuya carrera política refleja no el medro personal sino el servicio a la patria.

La biografía de Obama es bien conocida. De padre keniano (un economista al que apenas llegó a conocer) y de madre estadounidense, de Kansas, Obama ha heredado de ésta su sentido de la responsabilidad social. Su madre volvió a casarse y se trasladó a Indonesia con el padrastro de Obama, y éste fue al colegio allí hasta que volvió a Hawai para vivir con sus abuelos. Su educación le llevó a importantes universidades estadounidenses, a Columbia, en Nueva York, y más tarde (tras

trabajar en la organización de comunidades en Chicago) a una brillante carrera profesional en la facultad de derecho de Harvard. Luego volvió a su trabajo comunitario, desempeñó cargos políticos en Chicago, y ésta es sólo su primera legislatura en el Senado. Muy admirado por sus colegas, Obama realizó una primera aparición espectacular en la escena nacional con un discurso donde llamaba a poner fin a las divisiones nacionales en la Convención demócrata de 2004 en Boston. Él también está utilizando su biografía como un anuncio electoral.

Que eso es un arma de doble filo se ha puesto de manifiesto a través de la aparición del pastor del senador, el líder de su parroquia en Chicago, el Dr. Jeremiah Wright. En la comunidad negra las iglesias son centros de la vida comunitaria y de apoyo a mucha gente cuya situación económica y social es sencillamente inimaginable para gran parte de la sociedad blanca estadounidense. El reverendo Wright, que de joven combatió en Vietnam, es un declarado defensor de una versión de la teología de la liberación adaptada a la historia y a la situación de los negros estadounidenses. En su autobiografía Obama ha reconocido la influencia de Wright, de cuya iglesia ha sido miembro durante veinte años; pero, consciente de que la retórica de Wright tiene pocos visos de suscitar entusiasmo en los suburbios blancos, hace poco Obama se ha distanciado de su antiguo amigo, mentor y patrocinador. Ahora, el vídeo de un sermón de Wright ha provocado considerable controversia. Wright negaba que Estados Unidos estuviera totalmente libre de culpa en el ataque del 11 de septiembre de 2001, insinuó que creía en la posibilidad de que la epidemia de SIDA fuera provocada por experimentos deliberados del gobierno estadounidense, y dijo a su congregación que la conocida canción “Dios bendiga a América” en ocasiones podría sustituirse, de forma totalmente

justificada, por la frase “Dios maldiga a América”. La tormenta posterior estuvo a punto de llevarse por los aires las aspiraciones presidenciales del senador—al transmitir el mensaje de que en secreto Obama es un separatista negro, y por consiguiente al identificarle como un candidato cuya principal identidad y prioridad es la de un negro, anulando así su llamada a superar las divisiones raciales.

Obama ha manejado muy bien el asunto, primero con un meditado discurso sobre la cuestión racial en Estados Unidos y por último expresando su firme discrepancia con el pastor. Durante algún tiempo, los medios apenas hablaron de otra cosa que del pastor Wright; y el tema se eclipsó sólo cuando la senadora Clinton pareció estar descaradamente ansiosa por caracterizar a su oponente básicamente como un candidato negro, y por tanto inevitablemente destinado a perder en la escena nacional. Aunque una parte importante de la opinión pública declaraba que le inquietaban las palabras de Wright y la relación que tenía Obama con él, los resultados de Carolina del Norte y de Indiana demostraron que el senador había superado parcialmente ese obstáculo. De hecho, al airear el problema en una fase tan temprana del ciclo electoral, puede que el reverendo Wright (cuyos verdaderos motivos no están del todo claros) le haya hecho sin querer un favor a su parroquiano.

Si Obama quiere ganar, tendrá que intensificar su retrato inicial de sí mismo como un candidato para una nación transformada, donde las identidades étnicas, raciales, regionales y religiosas no desaparezcan sino que se sitúen en segundo lugar tras las experiencias compartidas. Los votantes jóvenes de la clase trabajadora blanca son mucho más entusiastas a favor de Obama que sus mayores: la tarea de Obama será convencer a esos padres de que sus hijos sólo podrán prosperar en una sociedad que sea económica y socialmente abierta. El 40% de los estado-

unidenses menores de veinticinco años son negros, hispanos, asiáticos o de orígenes mixtos; y sus coetáneos blancos, que se llevan bien con ellos desde los tiempos del colegio, tienen muchos menos prejuicios raciales que sus padres. Obama y sus asesores han tardado mucho en capitalizar esa ventaja demográfica (que le brinda la posibilidad de ganar en Estados considerados republicanos a perpetuidad) al vincularla a un proyecto económico que responde a las preocupaciones específicas de los estadounidenses corrientes.

Las rentas reales de los hogares de esos estadounidenses han caído. Sus puestos de trabajo han sido exportados o están en peligro. Su acceso a una educación para sus hijos que esté dentro de sus posibilidades se ha reducido. La asistencia sanitaria para ellos y para sus mayores es cada vez más cara. Se han endeudado hipotecando sus casas, que se están depreciando rápidamente, y millones de familias pueden perder sus hogares. La desigualdad económica se ha hecho más visible, y los funcionarios del gobierno de Bush que han tenido que dimitir de sus cargos por acusaciones de corrupción o de graves irregularidades, y los banqueros y empresarios que han aparecido esposados, la acentúan aún más.

Aunque anteriormente se opuso a las bajadas de impuestos de Bush, McCain propone mantenerlas: la importancia de unos impuestos bajos en la mentalidad republicana es primordial: para su partido se trata de una cuestión teológica, y McCain no puede permitirse pensar por su cuenta. Obama ha declarado que restablecerá un sistema tributario que exija que los ciudadanos más prósperos paguen más. Obama ha sido insistente a la hora de calificar de positivo el papel del gobierno en la economía. También ha propuesto, aunque sea discretamente, una inversión a gran escala en las maltrechas infraestructuras del país. Al igual que Clinton, y con un McCain apresurándose a adoptar él también ese tema, Obama ha insisti-

do en los beneficios económicos derivados del desarrollo de nuevas tecnologías para cumplir con estándares medioambientales más rigurosos. Ha criticado la dogmática obsesión con el libre comercio de los Clinton y, por supuesto, del gobierno de Bush.

El 80% de los estadounidenses coincide, en las encuestas, en que el país va por mal camino. Gran parte de ese desánimo deriva directamente de las preocupaciones y penalidades económicas de la ciudadanía. McCain, en un momento de distracción, calificó de forma absurda el balance económico de Bush de “positivo” —confirmando sin darse cuenta la postura de los demócratas, para quienes el primer mandato de McCain sería el tercero de Bush. Obama tiene una importante oportunidad para incorporarse a los temas de la renovación económica y de la justicia social, reavivando las tradiciones intelectuales intervencionistas del partido demócrata que rechazaron los Clinton. Y las rechazaron respondiendo a un consenso sobre la soberanía del mercado, consenso que se ha desintegrado. Obama no será capaz de implantar un nuevo keynesianismo. Será interesante ver si es capaz de crear una demanda política para la oferta de nuevas ideas económicas en una economía estadounidense que se ha vuelto inextricablemente internacional.

La convicción de que Estados Unidos lleva un rumbo equivocado no es menor en las cuestiones de política exterior. La dificultad para Obama (una dificultad que McCain, demasiado limitado desde el punto de vista intelectual, no es capaz de captar) es que el antiguo rumbo de la hegemonía global es insostenible. Obama claramente lo sabe pero decirlo demasiado abiertamente conllevaría con seguridad represalias políticas. Están en juego importantes intereses materiales: inversiones de todo tipo, la obtención de petróleo y otras materias primas, los mercados extranjeros y una gran industria de armamento. Tenemos una

elite de catedráticos, banqueros, burócratas, directivos de empresas, administradores, abogados, políticos y publicistas cuyas carreras dependen de una posición dominante de Estados Unidos en el mundo. El ataque del 11 de septiembre sigue siendo un amargo recuerdo, cínicamente manipulado por un espectro heterogéneo de intereses. Al principio, los asesores de Obama en política exterior eran un grupo variopinto de hegemónistas ilustrados y de antiimperialistas. A medida que ha ido avanzando la campaña, éstos últimos se han ido o han quedado apartados. Obama ha repudiado, cosa que le honra, una estupidez nuclear y común a los dos partidos según la cual mantener conversaciones con los adversarios equivale a hacerles concesiones. Sin embargo, Obama se ha mostrado considerablemente reticente a la hora de proponer de un modo específico una nueva política exterior y militar que, por ejemplo, redujese el cuantioso presupuesto de las Fuerzas Armadas.

Es cierto, ha propugnado una sustanciosa retirada de Irak —pero no ha dicho nada sobre una retirada total, ni ha expresado su desacuerdo con el proyecto del gobierno de Bush para hacer de Irak otro país satélite de Estados Unidos. Naturalmente, Obama ha reiterado con obediencia ritual los habituales votos de apoyo total a Israel, y más teniendo en cuenta que el *lobby* israelí sospecha (acertadamente) que Obama ha venido considerando que la política estadounidense hacia Israel es demasiado parcial. El *lobby* israelí ha sufrido, en el sexagésimo aniversario de la fundación del Estado judío, un evidente debilitamiento de su facultad de fijar la agenda para las conversaciones sobre la ocupación israelí de Palestina. Se han oído reacciones en contra del *lobby* israelí desde el seno de la propia comunidad judía, y sobre todo desde las universidades. Actualmente en Estados Unidos se están discutiendo de forma más abierta

los daños morales y políticos de la ocupación y apropiación de territorios palestinos por parte de Israel. El *lobby* israelí está presionando más que nunca para impedir que los políticos estadounidenses hablen de esos problemas tan libremente como lo harían si fueran políticos israelíes. Obama ha tomado lo que esperamos sea una decisión táctica, y que consiste en no contrariar al *lobby* israelí. No obstante, un presidente estadounidense que no sea capaz o no tenga la voluntad de hacerlo también será incapaz de alterar la continuidad de nuestra política exterior.

¿Tiene Obama la intención de iniciar ese tipo de cambio? Hay un absurdo *cliché* estadounidense que dice que “la política se detiene al borde del agua”, que supuestamente describe un consenso nacional en que la política exterior debería quedar fuera del debate político corriente. De hecho, en nuestra imperial nación la política a menudo comienza al borde del agua: los conflictos sobre las políticas exteriores y militares son fundamentales para la actuación de los grupos políticos organizados. Nuestro sistema de clases lleva incorporado el funcionamiento del imperio. Por ello, quizá, el imperio, al igual que el sistema de clases en sí, no es asunto frecuente de debate. Obama, un líder que promete una renovación y la participación pública en una política transparente, es muy reservado respecto a lo que él haría precisamente en la única área donde los presidentes estadounidenses tienen cierto margen de autonomía. Es razonable suponer que Obama sabe que la autonomía de los presidentes es limitada. Son libres de actuar como albaceas de la herencia imperial, pero no son libres de tratar ese legado como la gigantesca carga en que se ha convertido.

Son cuestiones que a McCain le preocupan tan poco como a Bush. Si acaso, el programa de McCain es más imperial y más imprudente que el de Bush. La guerra de Irak debe proseguirse

hasta “la victoria” (sin especificar), Irán tiene que rendirse a nuestras exigencias o de lo contrario será atacado, hay que expulsar a Rusia del G-8, es necesario crear una amplia “Alianza de Democracias” para llevar nuestro modelo de sociedad a los países que sean tan atrasados que no tengan ese modelo, o peor, que no lo deseen. Los desastres en serie cometidos por Bush, con su singular mezcla de arrogancia e ignorancia, han dividido a la elite de la política exterior. Los expertos más reflexivos y escépticos son francos acerca de su falta de entusiasmo, e incluso sobre su desprecio por McCain.

Eso abre la posibilidad de una alianza de los gestores imperiales más racionales, entre los que hay muchos almirantes y generales respaldados por segmentos considerables de los negocios y las finanzas estadounidenses, con los antiimperialistas que propugnan un auténtico multilateralismo y una política global a favor de los derechos humanos y sociales. La alianza tendría el apoyo de numerosas iglesias, incluidos miembros significativos de la Iglesia Católica Romana, y el sector más liberal de la comunidad judía estadounidense. Su objetivo principal sería comenzar a negociar un nuevo reparto del poder mundial con naciones y bloques de países que ya no están dispuestos a seguir aceptando la hegemonía estadounidense. Un presidente que intentó construir ese tipo de alianza como un proyecto político explícito fue John Kennedy, y puede que eso le costara la vida. Nixon y Kissinger, mucho más circunspectos y deshonestos, con su apertura hacia China y sus acuerdos con la URSS llevaron a cabo gran parte del proyecto de Kennedy, pero ellos lo negaban. Obama tendrá que luchar por ganarse la elección si quiere conseguir el apoyo de la elite para esa empresa: las elites prefieren tratar con ganadores. Sin embargo, en la elección, incluso la neutralidad de la elite favorece a Obama. Es significativo que el presidente Bush ha sido bastante criticado

por su ataque contra Obama a propósito de su supuesta postura de “apaciguamiento”, en un discurso del presidente estadounidense ante el *Knesset* (el Parlamento israelí). Obama ha contraatacado enérgicamente —lo que indica que está dispuesto a utilizar durante la campaña presidencial su idea de que Bush y las políticas que McCain promete proseguir combinan un máximo de belicosidad retórica con un mínimo de competencia, una apreciación ampliamente compartida entre el propio aparato gubernamental y militar.

Ocurre algo parecido con las cuestiones de política económica. El Partido Demócrata es también el partido de grandes e importantes sectores de las finanzas y la industria. Las medidas de la Reserva Federal, y las de un secretario del Tesoro que ha actuado de forma bastante independiente de la Casa Blanca pero de acuerdo con Wall Street para evitar una crisis económica catastrófica, son la prueba de la gravedad con que los gestores del capital estadounidense ven su situación. Tienen motivos de sobra para temer su inminente deslegitimación ante la ciudadanía y la pérdida de su autonomía. Puede que los economistas que tienen en su plantilla piensen que la actual organización de intercambios y producción es relativamente independiente del diseño político, pero los que pagan las nóminas saben que no es así. Estarían dispuestos, por muy reacios que se muestren, a negociar un nuevo compromiso de clases para conseguir la colaboración del gobierno en la gestión de la crisis —sobre todo si la colaboración fuera obra de un gobierno legitimado por la confianza de la opinión pública en su buena fe. El gobierno de Bush (y —a juzgar por las recientes elecciones en los Estados republicanos, así como en los distritos del Congreso, y por los datos de las encuestas de opinión— también el Partido Republicano) ha perdido la confianza de una amplia mayoría de estadounidenses. El anterior Presidente de

la Cámara de Representantes, Gingrich, ha predicho un desastre electoral en noviembre. En esas circunstancias, no es Obama, sino McCain quien se ha vuelto un socio poco fiable para el capital estadounidense. Sus profesiones de fe en el mercado le hacen menos, y no más, idóneo como interlocutor: los viejos capitalistas lo saben.

A largo plazo esas fuerzas internas del sistema indudablemente determinarán el futuro de la república. A corto plazo, sin embargo, nuestra idiosincrática versión de la democracia electoral, y los numerosos conflictos culturales de la sociedad aportan los elementos de la decisión política. Todos los indicios sugieren que el candidato demócrata tiene, o debería tener, cierta ventaja: estudios cuyos datos reflejan descontento con el partido republicano, cuantiosos aumentos en la participación de los demócratas en las primarias y en el número de inscripciones en el cen-

so para votar en las elecciones de noviembre, así como el evidente atractivo de la inteligente utilización de la sensación de novedad por parte de Obama. No obstante, la personalización de las contiendas electorales estadounidenses hace que las predicciones resulten difíciles. McCain es un héroe nacional, y sus defectos son más fáciles de perdonar teniendo en cuenta su biografía. McCain no es un supremacista blanco pero figura como el candidato de la supremacía blanca, independientemente de sus deseos. Es imposible estimar en qué medida la variada genealogía de Obama pueda causar un desapego de los votantes demócratas potenciales, pero será un factor, tal y como apuntan los resultados de las primarias. Una gran cantidad de votantes estadounidenses, amenazados por toda una serie de cambios económicos y sociales, pueden optar por el candidato de la devoción patriótica y de las convenciones

sociales en perjuicio de un candidato que les resulta demasiado poco familiar. Por muy abiertos que se muestren amplios sectores de la gestión del capital estadounidense a colaborar con un proyecto serio de reformas económicas y sociales, los más rutinarios de entre los directivos y propietarios de empresas preferirán un aliado de confianza —y ayudarán a McCain con abundante financiación.

Por último, los acontecimientos pueden desempeñar un papel importante. Otro ataque contra Estados Unidos siempre es posible, y difícilmente haría aumentar la disposición del electorado a votar por el candidato del cambio. Puede que Bush decida ayudar a McCain atacando Irán poco antes de las elecciones, con la esperanza de que eso provocaría desconcierto entre los demócratas. Ralph Nader piensa presentar su candidatura en numerosos Estados, y le encantaría repetir sus resultados de 2000.

La crisis económica podría intensificarse hasta hacerse incontrolable. La violencia política nacional podría reaparecer. El propio proceso electoral podría, como ocurrió en 2000, precipitar una crisis constitucional. La cuestión de si la campaña fortalecerá a la democracia estadounidense o si por el contrario contribuirá a su debilitamiento sigue siendo lamentablemente una cuestión abierta. ■

Washington, 25 de mayo

Traducción de Alejandro Pradera.

Norman Birnbaum es profesor de la Facultad de Derecho en la Universidad de Georgetown.

La guía de vinos más completa para romper mitos

EDICIONES
EL PAÍS



- > **Todas las marcas del año**
Claves para disfrutar del vino
- > **70 Denominaciones de Origen**
con mapas y la información más relevante
- > **Más de 450 páginas**

Ya a la venta en quioscos
Telf. Información: 902 101 146

